

A LA INCOMPARABLE

DOCTORA MÍSTICA DE LA IGLESIA

Y REFORMADORA DEL CARMELO;

A LA VÍRGEN SERÁFICA, MUJER FUERTE

y madre espiritual de numerosísimos hijos;

A LA GLORIA MAS PURA DE LA ESPAÑA CATÓLICA;

A SU EXCELSA PATRONA É ILUSTRE VALEDORA

SANTA TERESA DE JESÚS,

ENRIQUECIDA CON EL PODER DEL PADRE,

ESCLARECIDA CON LA SABIDURÍA DEL HIJO,

y endiosada con el amor del Espíritu Santo,

ROGANDO POR EL TRIUNFO DE LA IGLESIA, LA PAZ DEL MUNDO

Y LA PROSPERIDAD DE SU ESPAÑA

CONSAGRAN CON EL PRESENTE

EN RECONOCIMIENTO

todo el afecto y amor de sus corazones

El Director y Redactores.



AMEMOS A SANTA TERESA DE JESÚS

Amemos a santa Teresa de Jesús. Quisiéramos que estas palabras resonaran de continuo en todos los oídos y fuesen esculpidas en todos los corazones.

Amemos a santa Teresa de Jesús, el compendio de todas las Santas, el amor de todos los bien nacidos corazones, el imán de todas las almas.

Amemos a santa Teresa de Jesús, porque esta es la voluntad de Cristo Jesús, y cuanto más la amaremos, más amaremos a Jesús.

Amemos a santa Teresa de Jesús, que escucha nuestras súplicas, agradece nuestros obsequios, excusa nuestras flaquezas, se compadece de nuestras aflicciones, vence a nuestros enemigos, y combate con nosotros para alcanzar la victoria.

Amemos a santa Teresa de Jesús, a quien admiran y alaban todas las naciones, bendicen todas las lenguas, veneran todas las gentes, engrandecen todos los fieles.

Amemos a santa Teresa de Jesús, enriquecida con el poder del Padre para triunfar del poder del demonio, esclarecida con la sabiduría del Hijo para desvanecer todas las herejías, endiosada con el amor del Espíritu Santo para inflamar en el divino amor todos los corazones.

Amemos a santa Teresa de Jesús, porque llamada, pronto responde; saludada, cortésmente vuelve el saludo; servida, largamente remunera; amada, ama con invencible afecto.

Amemos a santa Teresa de Jesús, dotada de un corazón tan grande, tan benéfico y compasivo, que se anticipa a socorrer nuestras necesidades; y tan liberalmente dispensa beneficios, que basta un suspiro, una palabra, un alzar de ojos, un saludo para conseguirlos.

Amemos a santa Teresa de Jesús, tan agradecida, que aún en esta vida remunera todo pequeño servicio, el más ligero obsequio, y especialmente el amor y confianza en sus bondades.

Amemos a santa Teresa de Jesús, que desea ser amada de nosotros, que nos pide el corazón, y que corresponde con las muestras de amor más tierno a nuestro amor.

Amemos a santa Teresa de Jesús, y en la vida derramará torrentes de dulzura en nuestro corazón, y en la última hora infundirá tal consuelo y confianza tanta en su protección, tanta seguridad de nuestra salvación, que la muerte se presentará a nuestros ojos como un reposo de nuestras fatigas, el juicio como una victoria de nuestra causa, y la sentencia del Juez supremo como un triunfo que nos pondrá en posesión de la eterna felicidad.

Amemos a santa Teresa de Jesús, la más amada de las Hijas del Rey de gloria, la más privilegiada de las esposas del Cordero inmaculado, la más fecunda de las Madres, después de María inmaculada Madre de Dios.

Amemos a santa Teresa de Jesús, y si resta a satisfacer a la divina Justicia después de nuestra muerte, enviará a los Ángeles de su Esposo Jesús a procurarnos refrigerio, inspirará a los fieles que ofrezcan por nuestras almas sufragios, ella misma nos visitará con su Madre María del Carmen, ofrecerá sus méritos a su divino Esposo, y los de éste al Eterno Padre, y liberará cuanto antes a nuestras almas de la cárcel de penas.

Amemos a santa Teresa de Jesús, y así dispondrá nuestra vida, que al espirar, satisfecha plenamente la divina Justicia, volará derechamente nuestra alma al cielo a cantar eternamente las misericordias del Señor.

Amemos a santa Teresa de Jesús; si no la amamos porque es gran Santa, a lo menos amémosla porque es Dama nobilísima, adornada de todas las gracias, sin achaques de mujer, ni melindres de espíritu.

Amemos a santa Teresa de Jesús; si no la amamos porque es Dama nobilísima, amémosla porque es mujer fuerte, de ánimo generoso, real e invencible.

Amemos a santa Teresa de Jesús; si no la amamos porque es tipo acabado de mujer fuerte, amémosla porque es reina del buen decir entre las escritoras castellanas, porque es Doctora única entre los doctores de la Teología mística, la maestra de los sabios.

Amemos a santa Teresa de Jesús; si no la amamos, oh hermanos míos, vosotros en especial los que os preciáis de católicos y de españoles, porque es gran mujer, inimitable escritora, ilustre Santa, amémosla porque es **nuestra** paisana, hermana **nuestra**, que ha nacido, vivido y muerto en **nuestro** suelo. Es toda **nuestra** Teresa de Jesús, gloria la más pura y preclara de **nuestra** patria, honorificencia de **nuestro** pueblo, orgullo de **nuestra** Religión, envidia de los extraños.

Nadie puede excusarse de amar a Teresa de Jesús; ningún corazón noble y generoso puede negarle su amor.

Amemos, pues, todos a santa Teresa de Jesús.
¡Ojalá resuenen en todos los oídos estas palabras, y queden grabadas indeleblemente en todos los corazones!.- E. de O.

SÚPLICA DE LA ESPAÑA CATÓLICA A SU EXCELSA PATRONA SANTA TERESA DE JESÚS EN EL DÍA DE SU FIESTA

Torno, Amada mía, con los ojos en llanto y rebotando amargura mi corazón, a postrarme en tu presencia, para pedirte me mires con amorosos ojos desde tu excelsa solio de gloria en el día grande de tu fiesta.

Mi vista desagradable turbará tal vez un tanto tu felicidad, Hija mía. Pero acuérdate que es tu Madre, la desventurada España, la que te pide misericordia y perdón en este día.

Vuelve, vuelve, Patrona mía, tus hermosos y piadosos ojos a tu patria infortunada, puesta en extrema aflicción. Si quieres, puedes tú socorrerla, porque cuanto pides alcanzas de tu Esposo Jesús. Socorre, pues, Protectora ilustre, a la católica nación.

No des la gloria de tu preclaro nombre a otros. No consientas que un día y otro día los enemigos del nombre de Jesús repitan en son de bafa: Católicos españoles, ¿dónde está vuestro Dios? ¿Qué hace Teresa de Jesús, vuestra omnipotente Patrona? La llamáis, y no sois oídos; la invocáis, y no escucha vuestras voces; le pedís socorro, y desoye vuestros clamores. ¿Dónde está Jesús de Teresa? ¿qué hace Teresa de Jesús?

Vuelve, vuelve, pues, tus ojos hermosos y piadosos a tu España, oh gran Teresa de Jesús, que te aclama por su más ilustre Hija y Valedora; escucha sus clamores, socorre sus necesidades, dale paz y consolación. Huyan de su presencia los que mal la quieren, y dispense como el humo las maquinaciones insensatas de sus enemigos. Resplandezca la misericordia del Señor sobre ella, pues en las cosas dificultosas se ha de ver la mano del Señor. ¿Y qué cosa más difícil que sanar las dolencias de toda una Nación ingrata?

Lloraré, pues, Amada mía, y suspiraré y clamaré de día y de noche, mientras aliente mi espíritu, a las puertas de tu corazón transverberado y espinado por las desdichas de tu España hasta que la conviertas al Señor y la des vida y paz: Jesús de Teresa y Teresa de Jesús, misericordia por tu España; misericordia...misericordia...paz...consolación.- *El Solitario*.

SECCIÓN HISTÓRICA LA HERMANA CECILIA MARÍA DE LA CRUZ

(Conclusión)

Por lo demás, no creería hablar con católicos si me detuviese en largos razonamientos para demostrar que Dios acepta, cuando le place, el sacrificio de esas víctimas en satisfacción de su justicia eterna. ¿Acaso Jesucristo, como Redentor, es otra cosa que la grande y divina Víctima que se ofreció por todos y que ha satisfecho por todos con superabundancia hasta lo infinito? Y si Dios aceptó esa Víctima, siendo su propio Hijo (que tanto amó Dios a los hombres, **Proprio Filio suo non pepercit¹, sed pro nobis omnibus tradidit illum**), ¿cómo no aceptaría estas otras víctimas, llamémoslas de orden inferior, y que son tan convenientes al género humano para aplicarse los merecimientos infinitos de la primera?

Pero “¿qué Dios es ese (hemos oído decir a algunos que blasfeman de lo que ignoran), qué Divinidad tan cruel es la de los cristianos que sólo se aplaca con sangre, con víctimas, con el espectáculo de los grandes dolores?” ¡Ah! parece que hablan como iluminados, y no son más que tinieblas. Los que así discurren, en primer lugar despojan a Dios del atributo de su santidad, porque suponen que Dios puede y debe estar en las mismas relaciones con el que

¹ Rom. VIII, 32

practica el bien que con el que obra el mal, lo mismo con el que le ofende que con el que le da gloria: desconocen además su justicia; porque suponen que Dios no debe dejar al pecador que experimente el resultado de su separación del Bien sumo: le quitan la misericordia, porque precisamente esta misericordia, promovida y excitada por las víctimas con sus amorosas penas, es lo que hace que Dios se efunda de nuevo sobre aquellos de quienes se retiró indignado; le niegan también su providencia, por la cual ha distribuido tan convenientemente por toda la Iglesia esos vasos purísimos de su gracia, que llamamos las víctimas, y que son venas por donde esa misma gracia se comunica a los demás; le quitan, en fin, su sabiduría, porque sólo ella, valiéndose de las víctimas, ha podido hacer que se armonicen en Dios, dándose ósculo de paz, la justicia y la misericordia². Dígase ahora: ¿qué queda de Dios si se le despoja de estos admirables atributos, que forman su esencia? Tan cierto es que, en no siendo hijos sumisos de la Iglesia católica, la pendiente está bajo de los pies para rodar hasta el ateísmo más grosero.

Por último, la aceptación que Dios hace de las víctimas viene a dar solución a ciertos misterios, en los cuales ni se paran siquiera los entendidamente ligeros, que nada reflexionan. Ellas explican el por qué y cómo en ciertas ocasiones vuelven a Dios tantas y tantas almas que se encontraban muy lejos; ellas explican esas conversiones repentinas, inesperadas, que eran consideradas como imposibles y que vienen a admirar y a llenar de consuelo a una familia, a un pueblo y a la Iglesia entera. Porque ¿cómo es que la fe desciende de improviso en almas tan alejadas de Dios y que hasta entonces habían resistido en la más completa indiferencia? ¡Ah! es que en los sufrimientos de las víctimas Dios encuentra el resorte con que abre, sin detrimento de su justicia, el manantial de sus dones para aplicarlos inmediatamente a las almas más culpables; ellas, las víctimas explican también el cómo, en ciertos momentos de la historia del mundo, cuando todo está amenazando ruina, y los espíritus están inquietos, agitados, porque parece que la sociedad va a hundirse en el abismo, de improviso el peligro desaparece y todo queda en calma. “¿Qué es esto?” exclaman todos al ver que en la noche sombría ha brillado un rayo de luz y el mundo se ha salvado... ¡Ah! son las víctimas. Filósofos, estadistas, historiadores, sabios de todo linaje, mirad cómo la Mística, que desdeñáis, explica cosas que para vosotros son misterios insondables.

Mas, si Dios acepta las víctimas, que dignas son de tan gloriosa suerte, ¿habrá aceptado en su misericordia la oblación de la virgen carmelita? Afortunadamente la contestación a esta última pregunta es la materia con que debe concluir un escrito de esta especie.

Sólo la Iglesia es quien tiene derecho indisputable a ser creída por todos cuando declara la santidad y hechos como el que aquí y ahora se debate. Esto, empero, no es obstáculo a que yo crea y afirme y procure demostrar, dejando a cada uno la libertad de sus apreciaciones, que Dios se ha dignado aceptar la ofrenda de la humildísima religiosa. Fúndome, primeramente, en la blancura de la inocencia de ese Ángel, cuya conciencia límpidísima y delicadísima no me presentó nunca materia de absolución necesaria, y sí muchas cosas en que aprender y de qué admirarme. El conocimiento de la propia indignidad, que revela en todos sus escritos, no es más que el grito con que expresa su afán, siempre creciente, de perfección más alta. Y bien, tales son las víctimas que asocia a sí Aquel que se apacienta entre lirios³, porque almas como la de Cecilia son las que siguen al Cordero adondequiera que va⁴, aunque sea al suplicio y aunque sea a la muerte.

Me fundo, en segundo lugar, en que la Hermana cecilia llegó a creer que su sacrificio había sido aceptado; porque el Espíritu Santo daba testimonio de ello a su espíritu (por cierto no inclinado a ilusiones), como el testimonio que, según san Pablo, da el mismo Espíritu Santo a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios⁵. La ocasión en que empezó a consentirse y yo también empecé a creer, fue cuando poco tiempo después de su oblación fue invadida por la viruela; de cuya terrible enfermedad llegó a estar grave, si bien no tanto que, a la vuelta de algunas semanas, no se hallase en aptitud de volver, por lo menos, a sus principales obligaciones. La Víctima, sin embargo, lejos de ser rechazada, había recibido entonces su herida profunda, que la había de llevar al sepulcro a los diez y ocho meses de sufrimientos; todo así para que el sacrificio fuese más meritorio siendo más prolongado, consumiéndose la Víctima, como si dijéramos, a fuego lento. La viruela, que, como todas las fiebres eruptivas,

² Ps. LXXXIV, 11

³ Cant. XVI, 2

⁴ Apoc. XIV, 4

⁵ Rom. VIII, 16

suele dejar padecimientos, bien en el hígado, bien en los pulmones o en cualquiera otra entraña, encontró en la Hermana Cecilia cierta predisposición gastro-hepática de familia, que desarrolló la **ascitis** o hidropesía del vientre con todos los demás padecimientos consecutivos hasta la muerte. El apólogo de **La Ovejita macilenta**, compuesto en 1º de diciembre del mismo año, harta da a entender que la Hermana había comprendido bien su suerte, y tanto, que es el primer escrito en que usa, después de la firma, el tierno título de **Indigna víctima de Jesús**. Corrobora esta actitud, que atribuyo aquí a la Hermana, el exquisito cuidado que se observaba en ella, de no hacer nada que pudiera estar en contradicción con su estado de víctima. Así que ni pedía a Dios jamás la salud, ni encargaba a nadie que lo hiciese, añadiendo dulcemente a las Hermanas que ofrecían practicarle: “No, no; orad por lo que convenga; orad por lo que convenga”. Sin embargo, recibía con docilidad todas las medicinas que se le propinaban, como impuestas por la obediencia; pero no se prestaba ni la obligaron nunca a usar de ciertos medicamentos de carácter milagroso, muy en boga en aquella sazón, por repetidas curaciones sobrenaturales que se habían visto. Y, claro está, no porque ella pusiese en duda el poder de Dios para hacer milagros por la intercesión del Patriarca san José o de otros Santos, sino porque la víctima que había pedido un milagro para morir, no había de pedirlo después para vivir y estar sana. Pongo término y colmo a esta demostración trayendo aquí una de las cláusulas de los **Propósitos** citados ya, que escribió la Hermana en 17 de marzo de 1873: “En mi estado de víctima (dice) no me corresponde ni deseo otra cosa que abrazarme con la cruz de mi amado Jesús, siguiéndole hasta el Calvario, sin quitarla jamás de mis hombros hasta morir en ella, pronta siempre a sufrir que me clave el cuchillo hasta el cabo en vez de quejarme y de gritar al solo sentir que me clavan la punta de un alfiler”.

Fundome últimamente, para creer aceptado el sacrificio de la Hermana Cecilia, en que ella ha sufrido y ha muerto como sufren y mueren las víctimas, con todos los caracteres que les son propios. Oigamos nuevamente a la reverenda Madre Priora, que dice en uno de los últimos párrafos de su **Carta edificante**: “Su larga y penosa enfermedad llevó con inalterable paciencia, y admiraba a las Religiosas la imperturbable paz y agradable sonrisa con que recibía a todas las que la visitaban, a pesar de lo mucho que sufría. En los últimos días se le oían repetir fervorosas jaculatorias, celebrando con su divino Esposo la pronta e incomparable dicha que le esperaba en su eterna unión y bienaventurada presencia: tal era su confianza aún estando tan penetrada de su nada, que decía no haber hecho cosa buena”. A esto añadiré yo lo que para la Madre Priora no fue de notar, sin duda por lo frecuente que deberá ser a sus ojos, y es la **sobrenaturalidad** o modo de ser enteramente sobrenatural con que aquella víctima iba consumiéndose al fuego de sus angustias y padecimientos, no hallándose en ella, aunque se buscara, ni idea, ni sentimiento, ni memoria que oliere al mundo, ni aún en el mejor sentido de esta palabra, sino para hacer bajar a él las divinas Misericordias: toda su actividad estaba en el cielo⁶.

Cuando recibió el sagrado Viático obtuvo (así lo confió a una de sus Hermanas) lluvia tal de consuelos y de divinos favores, que no creía fuese posible gozar tanto permaneciendo aún en la tierra. Desde entonces yo la visitaba en su celda cada quince días, según la práctica del convento para la entrada de los confesores **intra-clausura**; y por cierto que, en cada entrevista de estas, hallaba yo ocasión de notar bien los pasos que había dado la muerte en la destrucción de aquel cuerpo, y los vuelos que había tomado aquel espíritu en la posesión de Dios. Esto me hacía considerar el día de confesión de la Hermana moribunda como día para mí de grande ejercitación espiritual, apartándome siempre de su presencia fuertemente impresionado, con edificación y provecho de mi alma.

Apréciame mentira que, a un palmo de terreno que había de salir desde el mundo al claustro, desde las calles de la ciudad hasta la celda de la Hermana Cecilia hubiese en el orden moral distancias tan inmensas que Dios sólo podía medir. Ángel más que mujer, me recibía incorporada respetuosamente sobre su humilde lecho, que era el único mueble de su estancia. Y ¡qué lecho! A otro cualquiera habría parecido un altar, viendo sobre el ara al cordero dispuesto a ser degollado sin dar un solo balido; más, como yo tenía recuerdo vivo de que en aquel lecho se había dormido habitualmente sobre largos maderos puestos a cierta distancia unos de otros⁷, apréciame más bien la pila de leña, sobre la cual un nuevo Isaac estaba colocado, o las parrillas donde nuestro mártir san Lorenzo ofreció a Dios su tremendo sacrificio.

⁶ Philip. III, 20

⁷ **Cabies** llaman estas buenas Religiosas a los palos de que se sirven para esa dura manera de mortificación; sin que hasta ahora haya yo podido averiguar la etimología de tan raro nombre.

Qué pasaría en aquella celda durante toda la última Semana Santa, no sé yo declararlo, aunque algo adivino de lo que Dios únicamente sabe por completo. Sólo sé que, al recibir la enferma mi visita en uno de los días de la anterior Pascua, me dijo sencillamente antes de toda otra cosa: "Padre, he pedido a mi Señor que, como me ha tocado padecer con Él en los días de su Pasión santísima, así también me lleve consigo al cielo en los días de su Resurrección". Al oír esto, no quedó en mí duda de que así se cumpliría como lo había pedido; y procedí desde luego a administrarle la Extremaunción, y a la recomendación del alma con los demás preparativos inmediatos.

No debía yo haber dado tantas dimensiones en la parte anterior a este escrito, a fin de que me fuese ahora posible historiar todos los momentos y todas las palabras de la Hermana moribunda hasta el suspiro último, ya que en sus postreros días mis visitas eran más frecuentes. No omitiré, empero, el hacer mención de unas bellísimas palabras (quizás las últimas que pronunciaron con claridad sus labios y que por lo mismo eran como el último canto de este cisne del Carmelo), que, por las terribles angustias que padecía en aquellos momentos y por el énfasis con que fueron pronunciadas, no es fácil se borren mientras viva de mi memoria. En efecto, todas las señales de un próximo término se dejaban ver ya en la admirable enferma: la cara hipocrática, la respiración anhelosa, la vista vaga, el pulso filiforme... la situación, en fin, que la naturaleza en lo más rudo de su lucha con la muerte no puede menos que inspirar al que sufre, estas palabras, que no son reprensibles ni en la boca del más justo: "¡Señor, si es posible, aparta de mí este cáliz!" – "Quéjese, Hermana, quéjese, si en ello encuentra descanso (decíale a la sazón): S. C. puede pedir sin ofensa el consuelo y hasta el alivio..." – "¡No, no! (repuso inmediatamente la Víctima con acento que no admite descripción): ¡yo quiero apurar el cáliz hasta las heces! ¡hasta las heces!".

No recuerdo bien si fue antes o después de este diálogo, cuando ganoso yo de anticiparme la recompensa de mis sacerdotales servicios aprovechando la buena ocasión que Dios me deparaba, y realizando tal vez una inspiración que, en su bondad me concedía, hice pasar por aquellos labios purísimos y sentir por aquel corazón de víctima, para que subiese embalsamada con la mirra de tantos sufrimientos, una plegaria a Dios a favor mío, la cual yo mismo iba dictando con palabra mesurada, pero profundamente movida por el calor de mis necesidades de espíritu. Desde esta oración ¿por qué ocultarlo? es más grande mi esperanza de salvación; y eso que Dios me ha favorecido siempre con ella sin merecerlo nunca.

Pero el sol del día 10 de abril se había ocultado entre oscuras nubes, como presintiendo que, al nacer de nuevo, no encontraría de la Hermana Cecilia en la tierra, sino el cadáver y un sepulcro abierto para recibirlo. Efectivamente, el momento se acerca; y llegado ese caso extremo en que cada respiración parece un quejido, según el trabajo que respirar nos cuesta, nuestra Víctima hizo industriosamente por donde ese último ruido que su voz hacía en el mundo sonase al Nombre dulcísimo de su Esposo y Redentor amado, a quien por lo mismo parecía llamar muchas veces en todos los instantes. De pronto aquel eco se atenúa, se disminuye considerablemente: la Comunidad hace la señal de agonía; acude luego a recitar las últimas preces de su ritual; y entre oraciones, sollozos y lágrimas de los circunstantes... ¡Ah! ¡si los Ángeles murieran, morirían tan dulcemente como expiró la Hermana Cecilia! a punto de que, con tener todos la vista fija en su rostro, nadie puede decir que la vio morir, habiéndose necesitado hacer alguna prueba para convencernos de que había espirado. Y eran las nueve y cuarto de la noche. Logró morir, conforme lo había pedido, en los días de Resurrección, y en viernes, en el viernes de la misma Octava de Pascua, como cumplía a una víctima sacrificada por el mundo y por los pecadores.

Y esta la oportunidad de trasladar aquí el último párrafo de la tantas veces citada **Carta edificante**: "No advertí decir (concluye la Madre Piora), que cuando espiró, oyendo su confesor que lloraban algunas Religiosas, dijo: "Aquí no hay que llorar: lo que debíamos todos es entonar gozosamente el **Te Deum laudamus**; no lágrimas, sino alabanzas es lo que pide esta muerte. ¡Qué gloria la suya! ¡Era un ángel! Contemos con su valimiento e intercesión".- Eso y mucho más debía yo decir, en efecto, pues declaro que me hallaba como fuera de mí, a vista de aquel espectáculo, absorta y concentrada toda mi mente en la contemplación del misterio que allí acababa de consumarse".

¡Dios mío! (he dicho después muchas veces) ¿qué harás ahora con tu Iglesia santa, qué harás con el mundo, qué harás con nosotros en esa nueva efusión que ha preparado a la tierra el sacrificio de esta nueva Víctima? Yo no lo sé; pero la Iglesia triunfa sólo con pelear, y los obispos alemanes pelean hoy con una fortaleza que asombra contra la impiedad, contra la herejía; el Pontífice supremo pelea y triunfa con su paciencia, con su palabra victoriosa, y el clero católico da muestras de valor en todas partes y de mansedumbre en el despojo, en la

lucha y en la persecución. ¡Oh! ahora comprendo por qué las modernas revoluciones se inician siempre lanzando a la calle a las Religiosas y derribando sus conventos. ¿Se dudará, en esta vista, de cuál pueda ser el espíritu que arrebató a las sociedades modernas?

¡Cecilia, Hermana, Hija, Madre, Ángel bendito! pues con todos estos nombres puedo yo invocarte con religiosa veneración; yo no podré olvidarte nunca, y si lo hiciese las flores de tu corona virginal⁸ tomarían voz para despertar mis recuerdos. Tus penas y tu muerte han traído desde luego más provecho a mi alma que a la tuya todos los documentos de mi pobre ciencia; mas en lo porvenir yo tengo derecho a esperar todavía. ¡Ah! ¿qué no alcanzarás tú en el cielo, si te presentas suplicante con tu Oblación en las manos ante el trono de las Misericordias? Te has sacrificado por los pecadores..., pues bien, yo soy el primero o el mayor de los que tú trataste, debo ser también el primero de tus redimidos.

Cayetano Fernández, Pbro.

EL SACRIFICIO DE ELÍAS Y LA NUBECILLA DEL CARMELO

Un rey extremadamente impío, llamado Achab, más impío que sus predecesores⁹, empuñaba el cetro de Israel en un tiempo en que por su culpa se hallaba esta nación entregada a la más vergonzante idolatría.

Aconsejado por su esposa Jezabel, princesa idolátrica y mujer malvada y harto cruel, no reparaba en cometer los crímenes más atroces, y con su ejemplo y con sus injustas leyes conducía a su pueblo a la perdición por el camino de la idolatría, de la superstición y de todos los vicios.

El Profeta del Carmelo había reconvenido diferentes veces a este pueblo por tantas iniquidades, y le había echado en cara su negra ingratitud para con aquel que, sacándole del cautiverio de Faraón, le devolvió su libertad perdida. Pero no solamente esas reconvenciones no lograban contenerle en la pendiente de sus maldades, sino que haciéndose cada día más malo y orgulloso y lleno de despecho, aumentaba sus crímenes, y levantaba altares a los ídolos, a quienes adoraba, y perseguía a los profetas del Señor, pasando a filo de espada a cuantos cogía, mientras que un gran número de los de Baal se sentaban a la mesa de Achab y eran mantenidos a sus expensas.

El Señor, justamente irritado contra su pueblo, se dispuso a castigarle de un modo terrible y ejemplar, y con este objeto ordenó a Elías se presentase ante el rey Achab y le anunciase que no caería rocío ni lluvia sobre la tierra hasta que el mismo Profeta se la pidiese.

Cumplió Elías el mandato del Señor, y tan amenazadora profecía confundió y llenó de espanto a Achab, quien desesperado añadió a sus muchos crímenes el de perseguir eficazmente a Elías para quitarle la vida, como había hecho ya con los demás profetas del Señor.

Pero Dios, que tenía reservado a Elías para otras empresas de su providencia, le libró de las iras de Achab señalándole para esconderse el torrente de Carith, en donde estaría seguro y no le faltaría el alimento necesario, pues los cuervos tenían orden de traérselo.

Entre tanto la Samaria toda se hallaba infecunda, y era tal la espantosa hambre que sufría, que por do quiera sembraba la muerte, pues tres años y medio transcurrieron sin que el cielo enviase su saludable rocío y las nubes sus aguas fertilizadoras.

Pero al fin el Señor se compadeció de su pueblo por las súplicas de Elías, a quien le dijo: **Anda y muéstrate a Achab para que yo dé lluvia sobre la haz de la tierra.** “¿No eres tú, le dijo con grande enojo Achab al recibir a Elías, el que traes alborotado a Israel?”- “No, respondió impávido el santo Profeta; yo no he alborotado a Israel, sino tú y la casa de tu padre que habéis dejado los mandamientos del Señor, y habéis seguido a los Baales; no obstante, si deseas remediar los males de que es víctima tu pueblo, bien puedes. Congrégame en el Carmelo a todo el pueblo y los falsos profetas, y entonces sabrás quien es el que trae turbado a Israel, y verás venir sobre los agostados campos de Samaria el agua fertilizadora”.

⁸ La corona con que estuvo de cuerpo presente, y que tengo siempre a la vista en una caja de cristal a manera de relicario.

⁹ III Reg. XVI

Convino Achab en reunir en el Carmelo a todo su pueblo y a los profetas de Baal, en cuya presencia enardecido Elías por el celo de la gloria de Dios que le devoraba, exclamó: "Pueblo de Israel, ¿hasta cuándo cojeáis por ambos lados? Si el Señor es Dios, seguidlo; y si Baal, seguidle. Ya veis que sólo yo he quedado profeta del Señor; mas los de Baal son cuatrocientos cincuenta. Dénsenos dos bueyes, y escójanse ellos uno, y dividiéndolo en trozos pónganlo sobre la leña, mas no pongan fuego debajo; yo sacrificaré el otro, y lo pondré sobre la leña, y tampoco pondré fuego debajo. Invocad los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y el Dios que oyese por fuego, ese sea el Dios"- "Óptima proposición", contestó el pueblo de Israel confiado en el poder de sus falsos profetas, quienes muy a pesar suyo aceptaron un compromiso tan cruel y sin poder eludirlo, y en cuyo cumplimiento habían de encontrar su propio descrédito y aniquilamiento.

Prepararon el sacrificio del modo convenido, y toda la mañana estuvieron pidiendo a Baal que enviase fuego del cielo que consumiese la víctima para dejar confundido a Elías.

De sus inútiles y supersticiosas exclamaciones burlábase con gracia el santo Profeta, instándoles a que gritasen más fuerte y llevasen sus esfuerzos hasta lo más elevado del empíreo, "porque ese dios, les decía, estará acaso disputando en alguna reunión, o pasándolo bien en alguna fonda, o viajando o durmiendo, pues no os responde y os tiene abandonados".

Públicamente avergonzados por el santo Profeta, que con tan picante ironía deshizo la divinidad de Baal, empezaron a clamar con más fuerza, corriendo de un punto a otro como locos, haciendo ridículas y profundas inclinaciones, rasgando sus carnes con cuchillos y lancetas hasta bañarse en su propia sangre, a fin de hacerse dignos de ser oídos de Baal; mas todo en vano, porque el Señor, que quería confundirlos y ensalzar a Elías obrando un gran prodigio, no permitió en esta ocasión que el demonio con su poder les ayudase en su malvada empresa.

A la hora convenida principió Elías su sacrificio. Levantado el altar sobre doce piedras, según el número de los hijos de Jacob, y destrozada la víctima y puesta sobre la leña, a fin de que el prodigio que iba a obrar llamase más la atención de todos los allí presentes, arrojó sobre el altar gran cantidad de agua que llenó el acueducto de una zanja que en su contorno había construido.

Una conmoción general que se extiende en todo el campamento indica que ha llegado ya el momento decisivo. Acercose Elías al altar, y postrándose en tierra con la más profunda reverencia y levantando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó: "Señor Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo...Óyeme, Señor, para que sepa este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que de nuevo has convertido su corazón".

A la eficacia de esta ferviente plegaria abriéronse los cielos, y un torrente de fuego devoró en un instante el holocausto, la leña y las piedras, y el polvo y el agua que había en el acueducto. ¡Admirable prodigio, que sirvió de confusión a los profetas de Baal y de conversión a todos los israelitas, que al verlo tan raro como público se postraron en tierra, y cubriendo con las manos su rostro y reconociendo su pecado exclamaron a una voz: **¡El Señor es el Dios, el Señor es el Dios!**

Entonces el santo Profeta, aprovechándose del entusiasmo religioso que dominaba todos los corazones y desenvainando la espada de su celo por la honra de Dios, ordenó que aquellos sacerdotes de Baal fueran todos sin dejar ninguno muertos en castigo de tanta abominación, lo cual se ejecutó en el torrente Cison, cerca del Carmelo, arrojándose su sangre y sus cadáveres al cauce de dicho torrente. Así quedó libre el pueblo de Israel de los que eran la causa de su perversión, y convertido de nuevo su corazón a su Dios y Señor por la realización de un prodigio tan estupendo, dijo Elías a Achab, que se fuese a comer y beber mientras que él permaneciendo en ayunas se subió otra vez al monte para orar y pedir a Dios el remedio de aquel pueblo, que arrepentido de sus abominaciones idólatras prometía serle fiel en adelante.

Allí en el monte Carmelo, profundamente postrado clamaba Elías al Señor para que enviara sobre la tierra la prometida lluvia, que debía fertilizar aquellos campos por tanto tiempo agostados e infecundos, y que por consiguiente debía ser el consuelo y la alegría de Israel.

Hasta siete veces mandó Elías a su siervo que mirara hacia el mar y observase si se descubría alguna señal de próxima lluvia, y en la última pudo avisar al Profeta, que solamente una nubecilla semejante a la huella de un hombre subía de aquellas aguas amargas, única mancha que empeñaba el hermoso azulado del firmamento.

"Preséntate, pues, a Achab, le dijo Elías, y dile que apresure el paso, si no quiere bien mojarse". Y he aquí que repentinamente se oscurece el sol, cúbrese la atmósfera de vapores y

exhalaciones, y aquella nubecilla, toda llena de misterios, conviértese en grandes nubes, que se condensan y apiñan, y al fin se desatan en copiosa lluvia, consolando y remediando a los israelitas.

¿Y qué descubrió el santo Profeta en aquella nubecilla? ¿y qué simboliza aquella al parecer insignificante nube, cuya vista alegró tanto a Elías bañando su rostro de un gozo inefable?

Aquella nubecilla es el misterioso arco-iris, señal de alianza perpetua entre el cielo y la tierra. Es la estrella del mar que en la borrascosa noche del mundo servirá de norte y guía a los que viajan para la eternidad. Es la aurora de un nuevo sol, cuyos rayos darán a los mortales vida perpetua. Es el trono de Dios desde donde dispensará a los mortales sus misericordias, y es el arca santa que contendrá al que no cabe ni en el cielo ni en la tierra.

Elías con su espíritu profético observó todo esto en aquella nubecilla, que según todos los expositores de la sagrada Escritura figuraba y simbolizaba a la inmaculada Madre del Mesías futuro, la cual anticipándose a los siglos fue a tomar posesión del monte Carmelo, escogiéndolo por morada suya, y de los que habían de ser sus hijos predilectos.

Santo Tomás dice que esta nube significó las purísimas entrañas de María, y Juan Jerosolimitano descubre cuatro altos misterios que fueron revelados a Elías en esta nubecilla, que todos se refieren a la inmaculada Señora protectora del Carmelo. El primero fue su inmaculada Concepción sin mancha de pecado original desde su primer instante; el segundo, el tiempo y época en que se había de realizar; el tercero, cómo la inmaculada Madre del Mesías había de hacer voto de castidad; y el último, cómo el Hijo del Altísimo había de vestirse de nuestra carne en las purísimas entrañas de María por virtud del Espíritu Santo.- Q.

OBSEQUIO A SAN JOSÉ

II

Yo no sé qué imán secreto tiene el glorioso san José para atraer a su amor y servicio a todos los bien nacidos corazones.

Despierta en las almas tales simpatías, que sólo se necesita ocasión para que salgan a fuera.

A la infancia he notado ha algún tiempo que san José es el santo que más le roba el corazón: sea por la expresión de dulzura, sencillez y candor amable que revela en sus sagradas imágenes el Santo bendito; sea por el imán de los corazones que trae en sus brazos, el divino Niño Jesús; sea por las dos cosas a la vez, es lo cierto que no hay otro santo de quien se manifieste devota más entusiasta.

Un hecho me confirma en esta creencia, y es que no hay niño de los que conozco que no rece todos los días a san José; y en las novenas que consagramos a varios Santos, ninguna está más concurrida que la de san José; ningún nombre repiten con tan general entusiasmo como el de san José, a no ser el de su amado vicario Pío IX.

Y esto se debe a que aquel Dios que sembró en nuestro corazón el amor a los padres carnales, ha sembrado también en él los gérmenes del amor a san José, nuestro padre espiritual. Sólo falta desarrollar estos gérmenes con algo de calor de la divina palabra, y el amor a san José brota poderoso en todos los corazones.

Una prueba más de esta verdad fue la función que hicimos al glorioso Patriarca de regreso de la visita a la ermita de santa Teresa de Jesús, su muy amada hija, de que ya tenéis noticia.

El tío Vicente iba delante de la comitiva con su armonium a cuestras, y al llegar ante la capillita del Santo, hizo alto y se cantaron los gozos al Santo sin igual, no sin haber renovado antes el decorado de las flores que se habían vuelto mustias con el calor del día. Repitióse la escena del día anterior, pues todos querían ser los primeros en depositar su flor a los pies del santo Viejecito, si bien esta vez una mano delicada cuidó de arreglarlas todas con simetría alrededor del Santo.

¡Qué efecto tan agradable hacían los ecos de aquellas voces, argentinas unas, llenas y graves otras, acompañadas del armonium, al aire libre, a vista del mar, rodeados de pinos y adelfas bajo la techumbre de un claro cielo, aunque a lo lejos algo enturbiado por algunas

nubes que nos ocultaban a las miradas de un sol importuno!... Aún resuenan en mis oídos las repetidas notas e la estrofa: **Sednos, Josef, abogado en esta vida mortal.**

Sí, Santo bendito, Santo sin igual, sednos abogado, pues ese es vuestro oficio, y bien necesitados estamos todos en estos días de prueba y de aflicción de vuestro poderoso patrocinio.

Mientras se tomó un ligero desayuno y se probó el agua de la fuente no paró el armonium de arrojar torrentes de melodía por aquellas selvas. Díriase al ver su empeño que quería sobresalir a todas las armonías que la creación ofrece allí al Santo bendito y descartarse del olvido en que se le tenía, pues jamás había salido dicho instrumento por selvas a lucir sus habilidades sino aquel día. Así lo indiqué a un amigo mío, que no se cansaba de tocar, cuando me contestó: “No es ese mi fin; quiero probar si con las melodías dulces de este instrumento, a que no está acostumbrado el Niño Jesús de mi san José, logro arrullarle y adormecerle en blando sueño”.

Me reí de la sencillez piadosa de mi amigo, y hubiera perseverado tocando y más tocando hasta salir con su piadoso intento, si la llegada de una turba de chiquillos del pueblo vecino de B... no le hubiese hecho desistir de su laudable empeño.

Con la turba de chiquillos animose el acompañamiento; y como sabían algunos cánticos, se armó nueva cantata que alegró al buen Jesús y al santo Anciano, que juzgo se holgarían y reírían más de una vez al ver tanta sencillez y tal empeño en alegrar y obsequiar al olvidado Niño y su querido Padre adoptivo en aquella deliciosa y tranquila soledad.

Tomad en cuenta, lectores míos, para que admiréis los designios de la Providencia y conmigo la bendigáis, que mientras tan numerosa comitiva así se alegraba y santamente se espaciaba en aquella apacible soledad, el resto de España ardía en guerra fratricida, el hermano no amaba al hermano, los ministros del Señor eran perseguidos, desterrados o encarcelados, los templos demolidos o profanados, y a pocas horas de este lugar de refugio la impiedad triunfa, y el Dios de nuestros padres es blasfemado, odiado e insultado.

Bendigamos, pues, al Señor y a su adoptivo Padre san José, que tan puros deleites nos proporcionan en medio de tantas amarguras; alegrémonos en él y pidámosle que toda España, que el mundo entero pueda saborear las delicias que se gozan en el servicio del Señor, en la paz, en la pacífica y tranquila soledad.

A.

P. D. Llegados a la casa de retiro acordamos con placer, dando gracias a Dios, que acabábamos de hacer una feliz expedición. Un amigo me hace notar los obstáculos allanados, para que nos ayudéis a dar gracias a Jesús de Teresa por habernos concedido tan puros goces en días para la Religión y la patria tan tristes, y yo os lo voy a repetir si la memoria no me es infiel.

No podíamos abrir de ningún modo por más esfuerzos y pruebas el armonium con su propia llave, y por una feliz coincidencia que se hizo, otra de un amigo lo abrió al momento de probarlo. Al intentar salir de casa amaneció lluvioso el cielo, y un viento tempestuoso parecía imposibilitar la marcha; más luego que salimos amainó el viento y cesó la lluvia.

Llegados a la ermita, el armonium con el tiempo de no servir, tenía muertas las teclas; pero se remedió este mal colocando bajo ellas cojinetes de papel.

Bene omnia fecit. Alabanza a Jesús, María, José y Teresa de Jesús.

A LA PUERTA DEL CIELO

Mil veces he soñado en mi amada santa Teresa de Jesús, mis buenos amigos, y siempre he vencido la tentación, digámoslo así, de contaros mis dorados y amorosos ensueños, temeroso no me llamaseis con justicia soñador. Pero es tanto lo que deseo llegue el día de la fiesta de santa Teresa de Jesús, que la noche pasada tuve un sueño que por creerlo una realidad en gran parte, si no en todo, y por juzgarlo altamente provechoso, os lo voy a contar sin añadir ni quitar un ápice.

Me creí, pues, transportado el día de santa Teresa de Jesús a la puerta del cielo, y allí observé todo lo que vais a leer si el amor de Teresa de Jesús os da paciencia para ello.

Hallé a los guardias algo distraídos, atareados por la multitud de negocios y despachos que afluían de las cuatro partes del mundo. Pude colocarme al parecer sin ser visto en un intercolumnio de la puerta que mira a Poniente, y haciéndome el interesado les dije descubriéndome al ver su atareamiento. “Amigos míos, tengo compasión del extraordinario trabajo que hoy se amontona sobre vosotros. ¿Puedo yo ayudaros? ¿Por qué es esto?- ¿Tú solo eres peregrino en la celestial Jerusalén? replicaronme con viveza. ¿No sabes lo que pasa? - ¿Qué? Repuse yo haciéndome el desentendido.

-Que es la fiesta de la más sabia de las Hijas, de la más amante y amada de las Esposas, de la más fecunda de todas las Madres, después de la incomparable Madre de Dios.

- ¿Cómo se llama esa feliz criatura?

- Su nombre hace estremecer de gozo el cielo y los cuatro ámbitos de la tierra, y de horror a los abismos. Óyelo, hermano mío, y grábalo en tu corazón, y no lo olvides en tus plegarias y pesares, y repítelo sin cesar. Este nombre bendito y suavísimo es el santo nombre de Teresa de Jesús.

- Santa Teresa de Jesús, repetí saboreando dulzuras jamás gustadas. ¡Oh santa Teresa de Jesús! mi Madre, mi Amada, mi Protectora, mi Paisana!

- ¿Eres español? replicaron.

- Sí, y además hijo suyo, cuya regla profeso.

- Pues hoy es día de bendición y de gracias para todos los buenos españoles, porque es el día grande de la más ilustre de sus Hijas, de la más gloriosa de sus Santas, de la más singular de sus Patronas.

Ven y verás grandes cosas...

Y fui transportado en espíritu, y vi a mi Amada en los brazos de su Amado Jesús recostada, con ventalle de cedros, que le daba aire, y la acariciaba, y regalaba, y la decía con infinito amor: Ahora Teresa, ya eres toda mía.- Y yo, respondía Teresa, soy, oh mi Jesús, toda tuya.

Y en tanto un coro de alados Serafines con cítaras de oro y otro de Querubines con arpas de plata cantaban dulcísimo epitalamio al Desposorio eterno de Jesús con su Teresa.

Y miles de miles de Ángeles y Santos con desusada armonía repetían: Gloria, prez, honor, bendición, acción de gracias a Teresa de Jesús, a la gran mujer, a la única Doctora, a la gran Santa. Amén. Amén. Amén.

Unamos nuestras voces, queridos lectores, a las de los cortesanos del cielo, y repitamos ahora y siempre en toda ocasión y lugar: Gloria, prez, honor, bendición y acción de gracias a la gran Mujer, a la única Doctora, a la gran Santa.

Uní mi voz trémula a este coro de alabanzas, y hubiese perseverado en tan grata tarea (pues no sabía darme cuenta de lo que veía y oía), si uno de los Ángeles que guardan las puertas del cielo no me hubiese llamado por mi nombre y díchome: “Vamos a guardar las puertas del cielo para recibir y luego presentar a Teresa de Jesús y a Jesús de Teresa las felicitaciones que de las cuatro partes del mundo suben hoy al cielo empíreo”.

Muchas y largas felicitaciones llegaban en alas de los Ángeles custodios de las cuatro partes del mundo, desde el que habita dorados techos hasta el que mora en humilde choza, lo

mismo del culto y civilizado europeo, que del indio salvaje que vive en las selvas. Varias de estas cartas tuve en mis manos y tuve el consuelo de leer, y como sé que os complaceréis en ello, voy a daros lectura de algunas de ellas.

La primera es una carta con sobre que dice: “A Jesús de Teresa para entregar a santa Teresa de Jesús en el cielo”.

Abrámosla, que no lo llevará a mal la Santa gloriosa. Es de una niña de siete años que dice así: “Me han dicho, santa Teresa de Jesús, que cuando eras de mi edad te gustaba hacer ermitillas con tu hermanito. A mí también me gusta este trabajo, y paso muchos ratos en tan gustosa recreación. Mas quiero yo ser monjita como tú, Esposa de Jesús como tú; y por ello molesto tu atención en este día, pidiéndote me hagas toda, toda de Jesús en vida para serlo después en el cielo, pues no en vano me llamaron Teresa como tú en el santo Bautismo, y ahora yo añadido y me firmo para que mejor me conozcas.

Teresa de Jesús, niña de siete años.

“La contestación por mi Ángel de guarda, que sabe vivo en la calle Santa Teresa”.

Una tarjeta postal. Léase en letras grandes: **Ultimátum.**

¿Qué será? picó mi curiosidad, y púseme a leer: “Diez años que te pido, oh Teresa de Jesús, la Santa que todo lo puedes, que me allanes las dificultades que se presentan al cumplimiento de mis deseos vivos de consagrarme por tu hija en el silencio del claustro. Cansada estoy de vivir en medio del mundo con mil peligros para la inocencia. ¿Cuándo oirás mi petición? Tú que con la lectura de tus inspirados escritos convertiste a mi alma sacándola de la herejía protestante, ¿me negarás un rinconcito en tu paraíso, un nido en tu palomarcito?...Diez años de penar... ¿No te compadeces de mí?... Te envío este **ultimátum**. Si no lo despachas en tu día favorablemente, me iré al desierto, y buscaré y confío hallar por la misericordia de Dios entre las breñas y las fieras el lugar que me niegas entre tus hijas. Esta es la resolución irrevocable de tu

W.

Una tarjeta almibarada con orla dorada recamada de mil adornos caprichosos. Es de una dama del gran mundo que quiere como Teresa de Jesús en su mocedad pasarse sin descontentar a Dios y a sus gustos. Leamos, que nos ha de obligar a que la sonrisa asome involuntariamente a nuestros labios. Dice así: “Ya sabes cuánto te amo, ilustre santa Teresa de Jesús, no sólo por tu santidad, sino por tus gracias y tu donaire, por tu gran corazón y hermosa alma, sin escrúpulos de beata, ni melindres de espíritu. Quisiera ser santa como tú; vivir vida alegre, como tú viviste; pero, francamente, me amedrenta la idea de la penitencia, y eso que me reconozco más pecadora que tú, que no cometiste pecado mortal, ¡y yo tantos!

Temo y no sé por qué el darme a Dios, porque dices tú en tu ansia de padecer que Jesús da grandes trabajos a sus amigos, por lo que tú misma le replicaste un día con gracia: por eso tenéis tan pocos.

A ver, Santa mía, si llegamos a una amistosa avenencia, porque no me gustan las soluciones radicales como hija nacida y educada en la escuela del justo medio del siglo comodín y contemporizador XIX.

¿No podría continuar **así**, un poco a Dios, otro poquito al mundo, ni muy mala para ser echada al infierno, ni tan buena que nada tenga que purgar? ¿No es verdad, bondadosa Santa, que puedo continuar sin temor de condenarme (porque, eso sí, no quiero de ningún modo condenarme) yendo por la mañana a comulgar y a la función de la iglesia, y por la tarde al baile y al teatro, leyendo un poco de tus inspirados escritos y mucho de novelas y libros de caballerías? Me gusta seguir las modas extravagantes de hoy día, aunque falten un tanto a las reglas de la modestia cristiana. ¿No es verdad que no me condenaré por ello?

Tú dijiste que no hay mujer sin achaque, y eres voto competente en la materia. Pues esos son los achaques que confiesa tener una de tus devotas, y que, si ser puede, conservarlos; mas si se ha de condenar, quítaselos.

Te lo pide de corazón al felicitarle en tu día
Inés”

“Ayer ayuné, hoy me he confesado y comulgado, esta tarde no merendaré. Todo en tu obsequio, querida santa Teresa de Jesús.

Ya ves que no es exigir poco de un niño de siete años. Pues, yo exijo de ti, oh gran Teresa, me hagas santo (no bueno, que es muy poco), y me lleves por fin a celebrar tu fiesta en el cielo con mis padres y hermanitos.

Hasta la muerte tu

Luis de santa Teresa de Jesús”.

“Envíanos luego santos sacerdotes, sabios y celosos misioneros, oh gran Celadora de los intereses de Jesús, santa Teresa. En dos años hemos quedado tres veces huérfanos sin Padre ni Pastor de nuestras almas. Rodeados de lobos rapaces que no perdonarán al rebaño de tu Jesús, ¿cómo se defenderá de sus fieros dientes sin pastor? Envíanos, pues, luego celosos misioneros, santos y sabios sacerdotes, porque de otra suerte se perderán muchas almas.

Esto te pide en nombre de todos tus hijos en el día grande de tu fiesta que estás de gracia

Un hijo y devoto tuyo del Malabar”.

“Ha muerto hoy mi hermanito José, santa Madre mía Teresa de Jesús, el único hijo de su desconsolada madre viuda. ¿No podrías para consuelo y ayuda de su madre tornarle a la

vida como lo hiciste un día con el hijo de tu hermana? ¡Oh qué consuelo nos darías! Hazlo, Teresa de Jesús, pues te es fácil a ti que todo lo puedes.

Si no me concedes esta gracia, a lo menos da la vida del alma, que es más preciosa, a todos los ochenta mil pecadores que hoy han de morir, en atención a ser el día de tu fiesta, y al desconsuelo en que se encuentra sumida tu mejor amiga

Leonor”.

“No sé orar, santa Madre mía Teresa de Jesús. Bien sabes cómo paso el cuarto de hora de oración. ¡Cuánto fastidio! ¡qué de sequedades y distracciones y malos pensamientos! ¡Todo se junta en aquel momento para atormentar a mi alma!

Compadécete, pues, de mí, y de todas las almas que se hallan en este trabajo. Enséñanos a orar, a lo menos a todas tus hijas, y en especial a la que tiene por grande honra llamarse

La menor”

“Que el huracán de la piedad no avente de sus nidos, nidos, querida Madre mía, que con tantos sudores y afanes fabricaron tus benditas manos, a las palomitas de la Virgen, que son las hijas más queridas de tu corazón.

Te lo pide por todas las del mundo

La que más desea amarte de tus hijas”.

“Por Pío IX, que gime en estrecho cautiverio; por la Iglesia católica y todos sus ministros, perseguida de muerte por las sectas del averno en toda Europa; por nuestra pobre España, por nuestros padres, por la conversión de los pecadores, por la perseverancia de los justos, te pedimos en tu día, y te ofrecen a tu Jesús en la sagrada Comunión todas tus devotas

Las niñas del colegio de Santa Teresa”.

Iban llegando con esto más y más felicitaciones y súplicas que los Ángeles presentaban a Jesús y a su Teresa en bandejas de oro recamadas de pedrería, hasta que desperté llorando porque entre tantas súplicas yo me olvidé de hacer y presentar la mía; desperté llorando, digo, al pedirme el Ángel: “¿Dónde está tu felicitación para presentarla a tu Amada?” Confuso no acerté a responder otra cosa que *Me olvidé...* ¿Y eres español? ¿y tan poco aprecias a la gran Santa, envidia de todas las naciones del mundo? – replicome con ceño y una mirada de terror.

Despavorido desperté, lector querido, y empecé al momento a echar mis felicitaciones y peticiones todos los días, como preparación al de mi Amada, y te recuerdo mi sueño para que mires si en las felicitaciones de que te he dado cuenta hallas la tuya, a fin de prevenirte, y de evitarte que tu Ángel custodio te reconvenga con justicia, diciéndote: Eres español, ¿y nada pides en el día grande de su fiesta a tu Paisana, la gran Mujer, la única Doctora, la gran santa Teresa de Jesús, cuando tan necesitada se halla de sus súplicas la Iglesia toda, tu España y el mundo entero?

E. A.

A SANTA TERESA DE JESÚS

Si hasta ti, excelsa cantora,
hoy en sus alas el viento
eleva el tierno lamento
que exhala mi arpa sonora,
escucha mi voz que implora
tu divina inspiración,
y podré con devoción
postrado ante tus altares
traducir en mis cantares
los ayes del corazón.
Ayer por el mundo iba

cual ligera mariposa
que a su paso caprichosa
las más bellas flores liba;
no temía que cautiva
de ilusiones peregrinas,
solo rosas purpurinas
mi pobre mente miraba,
en donde el vicio ocultaba
sus venenosas espinas.

Por eso cual bardo errante
de este terreno confín,
sentarme quise al festín
de mi juventud radiante;
y deslumbrado un instante
de tanto vano oropel,
sólo en mi plegaria infiel
vida y ciencia demandaba,
porque sólo ambicionaba
ceñir mi sien de laurel.

Mas yo, Teresa divina,
escuché tus dulces cantos,
y con tus conceptos santos
ya mi mente se ilumina;
y pues hoy no me fascina
el mundo que tanto amé,
sólo a tus plantas llegué
por pedir con voz rendida
tu virtud para mi vida,
y para mi alma tu fe.

¡Feliz tú que, al despreciar
los placeres terrenales,
virtudes tan celestiales
viste en tu mente brillar,
y allegaste así a alcanzar
de eterna dicha el consuelo;
pues despreciando el suelo
de vanas pompas y galas,
más libres tus blancas alas
volar pudieron al cielo!

Sí: que un alma enajenada
con la gracia del Señor,
desprecia el vano esplendor
de esa tierra desdichada;
a la celeste morada
busca sólo su salud;
pues sabe, si de virtud
sigue la senda escondida,
que es puerta de eterna vida
la que cierra su ataúd.

La vida así al contemplar,
¿quién con desprecio profundo
no abandonará este mundo
para tu ejemplo imitar?
Cuando agita el alta mar
el vendaval con furor,
¿preferirá el pescador
peligrar en Áurea quilla
si puede alcanzar la orilla
en un leño salvador?

¡Ah! también la mar bravía

tú de este mundo surcaste
mas rumbo cierto encontraste
con la fe por norte y guía;
segura ella conducía
tu nave sin zozobrar,
y pues llegaste a alcanzar
ya la playa salvadora,
tiende tu mano, Señora,
al que puede naufragar.

Oye también de mi lira
esta ferviente oración;
ampara mi corazón
que en ti su esperanza mira;
tú mis cantares inspira
con tu fe y tu santo ardor;
pues sólo aspiro al favor
de mi Dios justo y clemente
para arder eternamente
en el fuego de su amor.

JAIME NOGUÉS TAULET

LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y DE TERESA DE JESÚS, DE CALACEITE

Damos con sumo gusto cabida en las páginas de la **Revista** a la animosa carta en que una de las más valientes hijas de la Amazona cristiana Teresa de Jesús cuenta a sus hermanas las gracias que en los ejercicios espirituales recibieron. Creemos servirá de gran consuelo tan sublime ejemplo en estos días de perversión y desenfreno. Ojalá halle muchos imitadores. ¡Cuán pronto se regeneraría España!

Señor Director de la **Revista teresiana**:

He de merecer de su reconocida bondad inserte en su apreciable **Revista** de su digna dirección la adjunta carta, o desahogo, mejor si se quiere, de un corazón grandemente consolado y agradecido a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. Si es bueno guardar los secretos del rey, también juzgo oportuno dar a conocer las maravillas del Señor, las misericordias que ha obrado en estos días de general desmoralización y desconcierto en sus hijas de Calaceite, la segunda población de España en que ha dado frutos copiosísimos de bendición la admirablemente oportuna Asociación de Hijas de María y Teresa de Jesús, patronas de las Españas, que V. sin duda por inspiración del cielo fundó en el año pasado.

Espero servirá de estímulo y de consuelo a muchos desmayados corazones mi mal pergeñada relación: es hija de un corazón agradecido, y esto baste para mirarla con indulgencia, señor Director, y a quien se ofrece reconocida de V. indigna sierva en el Señor,
J. S.

A nuestras queridas hermanas Teresas.- Viva Jesús de Teresa para siempre en nuestros corazones. Amén.

Queridas hermanitas en nuestras Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús: por más que resista la pluma, la obligo a que traslade en lo posible al papel los sentimientos y afectos que nuestros corazones han experimentado en los días 16, 17, 18, 19 y 20 del presente septiembre; días verdaderamente grandes y dichosos, días que jamás se borrarán de nuestra memoria, días que renacerán todos los días hasta la muerte y nos hacen esperar mejores días. Temo que mis queridísimas Madres María Inmaculada y Teresa de Jesús me miren con malos ojos si no les soy agradecida publicando sus glorias y sus triunfos, que son al mismo tiempo nuestros triunfos y nuestras glorias; y este temor me obliga a ser valiente.

Cinco días hemos pasado en el templo del Señor todas, teresianas y las que no lo eran: nuestras madres, hermanitos y algunos hombres, oyendo mañana y tarde las verdades

de salud y salvación que con tanta claridad y dulzura nos explicaban las autorizados labios de personas tan respetables como el señor Director de nuestra **Revista** y dichoso fundador de nuestra Asociación, y D. Mateo Auxacs, Prior de Mora de Ebro.

¡Qué bien estamos aquí! nos decíamos unas a otras. Y cinco días pasaron como una exhalación.

El primer día se nos explicó lo que eran santos Ejercicios: su utilidad, modo de ejercitar nuestras almas, encareciéndonos en gran manera el silencio, la soledad real, la meditación y el examen, y que no estudiáramos otro libro que a Jesús, y en su presencia examináramos nuestras imperfecciones para conocernos y conocerle. ¡A cuántas hermanitas oí decir que habían dicho a sus padres: "Padres, figúrense Vs. Que estamos enfermas unos días y que esta enfermedad gravita principalmente sobre la garganta. Pues bien, Dispénsenos todo lo posible de faenas domésticas y principalmente de hablar; se nos ha recomendado muy encarecidamente para sacar gran provecho de los santos ejercicios. Después trabajaremos y hablaremos con mejor acierto y buena voluntad".

Algo trabajó el **Negrillo** en esta parte, pero tuvo que encerrarse confuso y avergonzado en su tenebrosa cárcel.

El segundo día, o sea el jueves por la mañana, fue el objeto de las meditaciones la importancia de la salvación; y por la tarde sobre la muerte y el pecado. Sí, sí, salvemos nuestra alma, que no tenemos más que una: alma salvada, todo salvado... nuestra alma vale mucho; es un suspiro que ha salido del Corazón de Dios, y no puede ser feliz si no vuelve al mismo Corazón de donde salió, nos decía el señor Director. Todos hemos de morir, y una sola vez; pero no sabemos cómo ni cuándo; hemos de imitar la conducta de las vírgenes prudentes y no la de las necias, esto es, estar siempre preparaditas y decir muy a menudo lo que nuestra queridísima Madre: "Vuestra soy, oh mi Jesús, para Vos nací, ¿qué queréis Señor de mí?". Sí, sí, que Dios nos ha criado para otra cosa que para conocerle y amarle y servirle en esta vida para poder verle y gozarle en la otra: guerra, guerra al pecado, enemigo de Dios, y por lo tanto de nuestras almas.

Juicio, recopilación de las meditaciones de los anteriores días y parábola del hijo pródigo fue la materia del viernes.

Miremos, hermanas, que aún nuestro cuerpo estará caliente, y mientras lloran los que presencian nuestra muerte, nuestras almas estarán ya en la presencia de Dios. El Ángel malo será nuestro acusador; el santo Ángel de nuestra guarda, el defensor; nuestra conciencia el fiscal, y Dios nuestro Señor, nuestro Juez: conquistemos ahora el lugar de su derecha hasta que oigamos la sentencia favorable: Venid, benditas hijas de mi Padre y de mi esposa Teresa, poseed el reino que os tenía preparado; y para conseguirlo no malgastemos los bienes que nuestro buen Jesús nos da; no comamos las bellotas y demás suciedades que el espíritu inmundo nos ofrece; y si hasta ahora por desgracia lo hemos hecho, imitemos la conducta del hijo pródigo que vuelve a la casa de su padre, que es nuestro amantísimo Jesús, que con los brazos abiertos está siempre dispuesto a recibirnos y llenarnos de delicias. ¡Pobre hijo pródigo! ¡No es extraño que llevase los vestidos tan sucios y haraposos, porque no tenía madre! ¡Dichosas de nosotras que tenemos dos, María Inmaculada y Teresa de Jesús! ¡Y cómo nos obligan con sus caricias a permanecer siempre fieles a la gracia de Dios! ¡Ay si las despreciamos!

Sábado y último día de los santos Ejercicios. Las dos banderas; vida oculta y pública de Jesús. Pérdida en el templo. Agonías de Jesús en el huerto.

Desfallece, hermanas mías, mi alma al tener que hacer una ligera descripción de las meditaciones de este día. Satanás despliega su bandera y dice: "Breve gozar, eterno penar"; y Jesús la suya en que se lee: "Poco penar, eterno gozar"; elegid. No, no; no cabe la elección. Atrás, Satanás; demonio feo y asqueroso, repliega tu bandera y vete: ni una hija de Calaceite se inscribirá en tu bandera; ni hasta aún aquellas que todavía no llaman con el dulce nombre de madre a Teresa de Jesús, serán tuyas: todas seremos de Teresa de Jesús, todas de Jesús de Teresa hasta la muerte; y todas, todas como espantadas cobijándonos bajo el manto de nuestra Madre reproducimos sus mismas palabras: "Padecer, padecer siempre; y si no la muerte". O padecer, o morir. Padecer, pero para morir y gozar cuanto antes de Jesús en la gloria. Mas a este fin es preciso que imitemos a Jesús en su vida. Nació pobre en el portal de Belén; José un pobre carpintero. Jesús y María recibían el alimento de los sudores de san José. Jesús tenía treinta años, y todavía era reputado hijo de José; a los doce de su edad fue llevado al templo de Jerusalén, y volviendo José y María a su casa de Nazaret se encuentran sin su Niño. Dejo aparte vuestros crueles y horribles padecimientos en estos tres días, oh gloriosos Padres míos, Patriarca san José y amantísima María: lo llevasteis al templo, y en el

templo lo encontraréis: ha venido a cumplir la voluntad de su Padre celestial... ¡Ay! cómo penetraron en mi corazón aquellas palabras que adujo tan sabia y oportunamente el señor Director relatando a san Jerónimo: "Si Dios te llama a un estado perfecto o más perfecto, y tu padre o tu madre u otras personas queridas te opusieran resistencia o te sirvieran de impedimento en el umbral de la puerta para no dejarte pasar, salta por encima de todos y diles: ¿No sabéis que he venido al mundo para cumplir la voluntad de mi Padre que está en los cielos?". Sí, sí, la que Dios llame no resista; como a Teresa de Jesús la adornará con este don de fortaleza.

También le hemos de imitar en los actos de su vida pública. ¡Con qué mansedumbre y humildad busca a los pecadores! Amigo de los niños, se complace de estar con ellos, y nos dice a todos que si no nos comportamos como los niños, si no somos sencillos y humildes como los niños, no entraremos en el reino de los cielos. ¡Con qué compasión y anhelo recibe a los pobrecitos pecadores! La mujer adúltera, María Magdalena, la samaritana, las parábolas de la oveja descarriada, la margarita perdida, el samaritano y el hijo pródigo y la alegría que hay en el cielo el día que un pecador se convierte a penitencia, todos son testimonios de su infinita misericordia; pero sobre todo nos enseña a que seamos humildes, porque El lo es de corazón.

Jesús en la agonía... Jesús preparándose en el huerto para morir: llevase consigo tres de sus discípulos más queridos, y se duermen, y Jesús solo y agonizante. ¡Ah! y cuán oportuno estuvo el señor Director al encargarnos a todas las ejercitandas que veláramos esta noche una hora de 10 a 11 o de 11 a 12 meditando las agonías de nuestro buen Jesús en el huerto! ¡Qué bien hacía a nuestras almas, y cuánto consolaría al corazón de Jesús agonizante oír las súplicas de sus hijas que le repetían: ¡Oh Corazón agonizante de mi Jesús! por María, por José, por Teresa de Jesús, apiádate de mí, de mis padres, de todos los pecadores, y de los que ahora agonizan!

Domingo día 20 y último: todo cambió de aspecto; desapareció el venerable Crucifijo y el velo negro que cubría el altar de Jesús sacramentado donde se hacían los santos Ejercicios.

Cerca de 300 hijas de Calaceite con algunos hombres están aguardándose para reconciliarse con el buen Jesús en el santo sacramento de la Penitencia, después de haber hecho en los días anteriores una confesión general. ¡Viva Jesús sacramentado! ¡Viva María inmaculada y dolorosa! ¡Viva Teresa de Jesús! Triunfaste, Jesús nuestro, triunfaste; a tus pies tienes 300 almas hambrientas de tu Pan, que es salud y vida eterna. Ven, no tardes, que queremos ser todas de Jesús, como tú eres todo nuestro... El órgano con sus melodías y los cánticos, algunos fervorines pronunciados por el señor Director, todo contribuyó, no para decir basta, pero sí para repetir a nuestro buen Jesús: Sed todo nuestro y nosotras todas de Vos y para siempre. Son las nueve de la mañana y se da principio a la misa mayor y panegírico de Nuestra Señora de los Dolores que predicó el Rdo. D. Mateo Auxacs, con el entusiasmo, unción y dulzura que le es característica. En los demás días nos habló en sencillas pláticas del modo de prepararnos a la Confesión y Comuni3n, de la modestia cristiana y de otros asuntos no menos interesantes.

Por la tarde, después de las funciones parroquiales y obsequios a Nuestra Señora de los Dolores, se dio principio a la funci3n de despedida cantando un solemne Trisagio a la Virgen María, la plegaria a santa Teresa de Jesús, Coraz3n santo, y serm3n de perseverancia y despedida del Director, que hizo brotar muchísimas lágrimas al encomendarnos todas las Teresianas a nuestras queridas Madres María y Teresa de Jesús, al santo Ángel custodio, al Patriarca san José y en especial a Jesús pendiente de la cruz. Nos recomendó vivamente que le miráramos pendiente en la cruz, que oyéramos sus clamores y consideráramos su muerte. Dio gracias a nuestro celoso y dignísimo señor Cura Párroco, a todos los sacerdotes por su buen ejemplo en asistir a los actos de los santos Ejercicios, a todos los padres y madres por su cristiano comportamiento en desprenderse de nosotras por estos cinco días y por la asistencia de los mismos; pidió que le encomendáramos a Dios, y finalmente, hecho el cuarto de hora de oraci3n por nuestro señor Cura Párroco, se hizo en presencia de Jesús sacramentado la renovaci3n solemne de las promesas del santo Bautismo, y cantando el **Te Deum** recibimos la bendici3n de Jesús Sacramentado, como sello celestial que fijara nuestros santos prop3sitos. Once horas estuvimos este último día en el templo sin sentir necesidad alguna, ni fastidio... ¡Oh lo que puede la gracia de Dios! Gracias por ello, queridísimas María Inmaculada y Teresa de Jesús, y porque habéis suscitado en estos tiempos tan calamitosos un var3n esclarecido, celosísimo de la honra de vuestro Hijo y Esposo; gracias, queridísimas Madres, María y Teresa de Jesús, que sin mérito alguno por nuestra parte nos lo habéis enviado a esta villa de Calaceite, la segunda que se gloria en España de tener vuestra santa Asociaci3n, con su bajo todos conceptos dignísimo compa3ero: gracias a vuestro querido Jesús y nuestro, y gracias a

estos celosos sacerdotes, para quienes pedimos más gracias para que se aumente, si cabe, su celo.

La semilla está sembrada, hermanas queridas, y a nosotras toca con la ayuda de la gracia hacer que germine y dé copiosos frutos. Ayudémonos unas a otras, queriditas hermanas; no descuidar un momento: adelante, adelante, adelante y siempre adelante, que nadie nos ha de ganar en amar a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús. La palabra está empeñada: O vencer o morir amando a Jesús y a su Teresa. A mí nada me asusta, nada me espanta: cueste lo que cueste, a cumplir siempre la voluntad de Jesús de Teresa, a fomentar sus intereses, a ganarle almas, para con esto ganar las nuestras. Adelante, y no cejar. Si Jesús y su Teresa están con nosotras sus hijas de Calaceite, ¿quién habrá contra nosotras?... Nadie que no lleve las manos en la cabeza, como dice nuestra animosa Madre y Doctora.

Basta por hoy, hermanas mías; yo sólo os pido para bien vuestro y de todo el mundo que supliquéis con instancia a los señores Directores de la Asociación Teresiana llamada a regenerar a nuestra decaída España, que os den Ejercicios espirituales, pues ya sabéis que nuestro Reglamento nos lo prescribe una vez al año, y veréis cómo se allanan muchas dificultades. Por mi parte os puedo asegurar de los santos Ejercicios lo que nuestra Madre decía de la devoción a san José: que lo pruebe quien no lo creyere, y verá cuán abundante es el fruto que resulta de unos Ejercicios hechos con intención de conocernos y conocer a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús, amarlos y hacerlos amar por todos los corazones.

Siempre vuestra en los Corazones de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús,

S. F. S., hija de María inmaculada y Teresa de Jesús.

REVISTA EXTRANJERA

Roma.- El Papa manifestó públicamente el día 12 de septiembre su profundo sentimiento por el hecho de haberse incautado la Junta liquidadora de los tesoros científicos y artísticos de la basílica de San Pablo, centro venerable y segundo templo de la cristiandad.

- El R. P. Tondini hace años está consagrado, siguiendo las huellas del P. Sehoawaloff, a la muy meritoria obra de atraer al redil de la Iglesia católica e iluminar con la aceptación de los dogmas a la llamada **Iglesia ortodoxa**, es decir, al cisma y herejía que desgarró de la Iglesia a Rusia. Con este intento ya en el Congreso de Malinas presentó una proposición con objeto de formar una asociación de oraciones para pedir al Altísimo la reunión de los cismáticos y herejes rusos a la verdadera Iglesia. Parece que el dogma que más dificultades presenta para la aceptación de los rusos es el que tantas veces y tan gloriosamente confesaron los santos Padres del Oriente: el Primado del Pontífice. El R. P. Tondini ha publicado y sigue publicando libros para desvanecer las objeciones contra tan santo dogma.

Inglaterra.- El marqués de Ripón, distinguido político inglés, que está hoy en todo el vigor de la vida, pues tiene cuarenta y siete años, ha entrado en el seno de la Iglesia católica. El noble lord empezó su carrera política en 1842, en que era vizconde de Goderich, sentándose en la Cámara de los Comunes. Fue subsecretario de los Ministerios de la Guerra y de la India; en 1863, teniendo ya el título de lord De Grey y barón de Grantham por muerte de su tío, virrey de Irlanda, fue ministro de la Guerra durante tres años, y en 1866 pasó a serlo de la India. En el Ministerio del señor Gladstone, en 1868, era lord presidente del Consejo de ministros, y se hizo notar por su habilidad en cuestiones muy complicadas. Por estos servicios le dio su Reina el título de marqués de Ripón. Era también al momento de su conversión **Gran maestro de los francmasones de Inglaterra**, cargo para que fue elegido por tercera vez en 1872. Era además consejero privado de la Reina desde 1863 y caballero de la Orden de la Jarretera desde 1869. Goza de gran consideración social, y su fortuna es de las más considerables de su país.

Parece que el noble marqués posee las dos abadías más ricas de Inglaterra. Al despojar a la Iglesia católica Enrique VIII las había entregado a la familia protestante de Ripón; y el nuevo convertido tiene intención de volverlas al culto católico y de llevar a ellas monjes Benedictinos.

China.- El día 21 de junio estuvo iluminada la Iglesia católica de Hong-Kong con motivo del aniversario de Pío IX. En respuesta a un telegrama enviado a Roma por los católicos de aquella ciudad, recibieron estos el siguiente: "El Santo Padre, complacido por la felicitación de los fieles europeos y chinos de Hong-Kong, les envía de lo más íntimo de su corazón la bendición apostólica.- Antonelli".

¡Viva Jesús de Teresa!

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de octubre y noviembre

Máxima

En cosa de la fe, o por cualquiera ceremonia de la Iglesia, o verdad de la sagrada Escritura, me moriría yo a morir mil muertes (Vid. C.33)

Tened fe viva, que hace alcanzar las cosas dificultosas de Dios (*Santa Teresa de Jesús*)

Virtud: Espíritu de fe

Es la fe el fundamento o **firme persuasión** de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven.- Ciertamente os aseguro que si tuviereis fe, tan grande como un granito de mostaza, podréis decir a este monte: Trasládete de aquí a allá, y se trasladará, y nada os será imposible. (San Pablo a los Hebreos, cap. XI, v.1, - y Jesucristo en el Evang. De san Mateo, c. XVII, v. 19)

Reflexiones

Es el espíritu de fe el que nos hace ver y juzgar todas las cosas, sean prósperas o adversas, no según la prudencia de la carne, enemiga de Dios, sino según el beneplácito divino y las luces del cielo. Quien obra por espíritu de fe ve con muy distintos ojos que los mundanos todos los grandes sucesos y los más insignificantes hechos. En todo descubre la mano bondadosa de Dios, que con paternal providencia todo lo ordena para nuestro bien y su mayor gloria. El alma que se deja llevar del espíritu de fe, posee el arte de vivir tranquila en medio de las tempestades, y el secreto infalible de santificarse con poco trabajo con las acciones ordinarias de la vida. El justo vive de la fe, dice el Espíritu Santo (Rom. I, 17). ¿Son todas tus acciones vivificadas por un fin sobrenatural?... Sin la fe es imposible agradar a Dios, enseña san Pablo. (Heb. XI, 3) ¿Le agrada tu fe al Señor? ¿Es firme, esto es, dispuesta a vencer toda violencia o lisonja, respeto humano o interés, a sacrificarlo todo, hasta la propia vida, si fuese necesario, en su defensa? ¿Es cabal, esto es, universal, que cree todo lo que cree la santa Iglesia, detestando con horror las máximas y doctrinas condenadas por Cristo y sus Vicarios?... ¿Es sencilla, sin querer indagar curiosamente lo que no podemos comprender, sabiendo que Dios y su Iglesia no pueden engañarse ni engañarnos?... ¿Es viva por fin, o como dice el Apóstol, fe tal que obre por la caridad (Galat. V, 2), de suerte que nuestros pensamientos y obras sean conformes a sus enseñanzas, empleando nuestras fuerzas y talento en su confirmación y defensa?... Examina y propón la enmienda.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe, dice san Juan (Ep. I, v. 4). Tengamos, pues, viva fe, y nada nos será imposible... Vivamos vida de la fe, y en todas las cosas mereceremos... Anime todas nuestras cosas el espíritu de fe, y viviremos en gran paz y consolación... Mas si no creemos con fe viva, seremos condenados.

Ramillote espiritual

Cuidar durante este mes de avivar la fe, obrando todas las cosas según lo que ella nos enseña, y evitar la lectura de libros malos, y el trato con personas que no tienen fe.

Jaculatoria

Jesús de Teresa y Teresa de Jesús, aumentadnos la fe: convertid a los incrédulos y herejes.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS
SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y
POBRE.

	Suma anterior	Rs.	2, 105´60
Jaca.- Pascual Ara			4
San Clemente (Cuenca).- Una persona devota de santa Teresa de Jesús, por un favor alcanzado de la Santa			12
Tortosa.- Por Pío IX, por la pobre España, por el mundo todo, alcanza, santa Teresa de Jesús, la gracia y paz de Jesucristo .			4
Una madre católica que llora los extravíos de su hijo, y pide su pronta conversión por los méritos de Teresa de Jesús			20
F.: Santa Teresa de Jesús, en el día de tu fiesta y en el mes a ti consagrado muestra con grandes milagros que eres la Patrona de las Españas			20
	Suma	Rs	2,165´60